



Consejo Latinoamericano de Iglesias
www.claiweb.org

Curso de Diaconía Ecuménica

VIII. La diaconía ecuménica tiene que ver con la construcción de relaciones justas, con el compartir y la mutualidad

Chris Fergusson y Ofelia Ortega

CURSO DE DIACONÍA ECUMÉNICA



Reconciliadora, Compasiva, Transformadora, Profética,
Procuradora de justicia

OCTAVA AFIRMACIÓN

La diaconía ecuménica tiene que ver con la construcción de relaciones justas, con el compartir y la mutualidad

La diaconía ecuménica ocurre en medio de un mundo de injusticia, exclusión, violencia y muerte. Los valores que prevalecen en ese mundo son contrarios al compartir y a la solidaridad. En este contexto de injusticia económica globalizada y dominación política de una minoría sobre las grandes mayorías, existe, asimismo, un pavoroso desequilibrio de poder. Tanto la riqueza material como el poder político están concentrados en un pequeño porcentaje de la población mundial. En este contexto de injusta acumulación de la riqueza y del poder, las iglesias están llamadas a una diaconía del compartir ecuménico. Tenemos que reconocer y enfrentar la distribución desigual del poder —también la desigualdad que está presente en el seno de la familia ecuménica— y reafirmar que la diaconía ecuménica exige una lucha permanente por una distribución justa y equitativa de los recursos.

Teniendo como antecedente la poderosa declaración de la Consulta de Lárnaca respecto de una diaconía profética y transformadora, la reunión en El Escorial de 1987 articuló una serie de lineamientos específicos y concretos para “una disciplina común en el compartir de todo el pueblo de Dios”.

Esos lineamientos, apoyados en una visión bíblica radical del compartir, representaron nada menos que “un sistema de valores fundamentalmente nuevo, basado en la justicia, la paz y la integridad de la creación”. Desde un punto de vista teológico, las directrices emanadas de El Escorial constituyen un compromiso hacia una comunidad del compartir eucarístico que anuncia por medio de sus acciones la venida del reinado de Dios. Esa visión se erige contra los valores dominantes de una sociedad impulsada por el mercado. No es posible

subestimar la importancia ética y teológica de El Escorial. En aquella consulta, la visión bíblica de una vida compartida fundamentada en la justicia se tradujo en compromisos concretos que enfrentaron los desafíos reales de la desigualdad del poder, a la vez que mostraron el camino que ha de seguirse para llegar a una comunidad de relaciones justas.

El Escorial desafió a las iglesias y a las agencias ecuménicas, al plantear la posibilidad de encarnar nuestro compromiso de una diaconía profética en un modelo alternativo de relaciones internacionales basado en el compañerismo y la reciprocidad, modelo que dignificaría y otorgaría poder a todos aquellos involucrados en el compartir. Esta visión se encuentra alimentada por la comprensión del Dios creador y de su propio compartir de la vida con la humanidad, en el marco del autodespojamiento amoroso de Jesús y de la nueva vida dada por el Espíritu Santo.[13]

Los lineamientos de El Escorial sugirieron una forma para estructurar o poner en práctica la visión bíblica de relaciones justas. En ellos, la visión se enlaza con la koinonía, la diaconía y la búsqueda de la justicia. Nuestra solidaridad tiene que tomar en cuenta las *estructuras injustas* en las que vivimos, y *la lucha para transformarlas*. En el marco de las relaciones Norte-Sur, se trata de superar la dependencia y el desequilibrio de poder, propios de la tradicional relación entre *donante y recipiente* de recursos.

Este desplazamiento radical en la construcción de relaciones justas se fundamenta en buena medida en el concepto bíblico del compartir. Para citar “Una disciplina común del compartir ecuménico”:

“La Biblia habla del compartir en muchos lugares y en diferentes formas, por ejemplo en la alimentación de las multitudes (Jn 6, 1-14), la iglesia primitiva (Hch 2, 43-47), la ofrenda para Jerusalén (2 Co 8 y 9), Elizabeth y Maria compartiendo su alegría espiritual (Lc 1, 39-56). En el año del Jubileo (Lv 25) y en la visión de una nueva tierra (Is 65, 17-25), el compartir es una manifestación de la justicia; su propósito es eliminar las causas de la pobreza y las de la explotación. *El pacto* (Lv 26, 9-13) y *el cuerpo* (1 Co 12, 12-26) son metáforas del concepto bíblico de koinonía.

“Quizás el paradigma bíblico más poderoso del compartir es la eucaristía. En el compartir del pan y el vino celebramos la comunión con aquel que murió por nosotros y fue elevado, para que podamos compartir su vida por medio del Espíritu Santo y recibamos la vida en abundancia. Por intermedio de esta comunión compartida con Cristo, entramos en comunión

los unos con los otros. Esto constituye la comunidad cristiana, la koinonía. Ser una comunidad del compartir es parte de la esencia misma de la iglesia”.

El compartir, tal como se revela en la eucaristía, es nuestro modelo de la comunidad que comparte. Desde una perspectiva teológica esta afirmación es aún más profunda: “Aún más, en la celebración (eucarística) reconocemos que los recursos de la creación tienen el propósito de ser dones de la gracia divina para que todos los reciban y los compartan”. 14[14] El compartir eucarístico se derrama sobre todo el mundo.

Otro hallazgo teológico importante tiene que ver con el tema de la pertenencia. Con la Biblia afirmamos, de manera inequívoca, que todos los recursos pertenecen a Dios: “De Jehová es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan”. (Sal 24, 1).

Esta afirmación teológica es coherente con nuestro análisis social y económico. La acumulación de la riqueza en manos de unos pocos en un sistema económico injusto significa que compartir los recursos es hacer justicia. Este tema está muy presente en las enseñanzas de los Padres de la Iglesia. San Juan Crisóstomo se refirió a la riqueza en estos términos: “No digas: ‘Estoy gastando lo que es mío; estoy disfrutando lo que me pertenece. En realidad, esto no es tuyo, sino de otro’. Jerónimo hizo alusión a Lucas 16, 9 y escribió: “Él correctamente dijo ‘dinero de injusticia’, porque todas las riquezas provienen de la injusticia”. San Ambrosio dijo: “Tu no estás dándole una dádiva de tus posesiones a la persona pobre. Tu le estás entregando lo que le pertenece”.[15]

Los recursos de la creación son de naturaleza humana, cultural, espiritual y material. El compartir ecuménico promueve una verdadera reciprocidad, al afirmar que todos tenemos algo para dar así como todos requerimos de algo que recibir.

Otra importante afirmación bíblica y teológica saca el meollo del compartir del ámbito único de los recursos materiales y financieros. Los recursos de la creación son de naturaleza humana, cultural, espiritual y material. El compartir ecuménico promueve una verdadera reciprocidad al afirmar que todos tenemos algo para dar, así como todos requerimos de algo que recibir. Los dones espirituales, culturales y humanos son tan valiosos y esenciales como los materiales. Un componente esencial de este compartir ecuménico es el de los ricos testimonios de las regiones que ofrecen tradiciones del compartir de sus propias culturas, y brindan así una alternativa a la cultura dominante.

En todas partes del mundo, las comunidades tradicionales han preservado costumbres y prácticas del compartir que pueden enriquecer nuestra comprensión de la diaconía. Jovili Meo, en un estudio bíblico preparado para la “Conferencia de la Isla de la Esperanza”, compartió tres poderosos ejemplos para el diálogo y el compartir, provenientes de las culturas del Pacífico: *Maneaba*, de las islas Kiribati; *Fale tele*, de las islas Samoa; y la *estera desplegada*, de los Tonga. El primero, *maneaba*, es una casa central y abierta en la aldea que sirve como lugar de reunión para toda la comunidad, incluidos los ancianos que toman las decisiones. Es el centro para compartir los alimentos, cuidar a las personas y entretener a los aldeanos y visitantes, se ha convertido también en el centro de culto de la aldea. Es una mesa en la cual cada persona es a la vez “huésped y anfitrión”. Un lugar para el servicio y el compartir recíprocos. El segundo ejemplo es el *fale tele* o “Casa Grande” de los Samoa. Es una construcción redonda, sin paredes, centro de la comunidad que simboliza unidad, apertura para todos y todas. En ella se reúnen para conversar sobre el bienestar de la gente. Es también el lugar reservado para el culto y el entretenimiento, y para compartir una cena común. Una de sus funciones más importantes es la de congregar a personas que tienen diferencias entre sí, a fin de propiciar su reconciliación. El tercer ejemplo es la *estera desplegada*, de los Tonga. El líder de la comunidad despliega la estera para preparar las reuniones importantes. Dicha estera se extiende para discutir problemas cruciales y para posibilitar el diálogo que conduce a la reconciliación: una vez desplegada, todos tienen derecho a hablar. La estera simboliza la unidad, el compartir y la reconciliación.

Estos tres ejemplos nos desafían a hacer nuestros el poderoso testimonio y los aportes de contextos culturales que pueden contribuir para que profundicemos en nuestra comprensión del servicio y del compartir, en un mundo que desprecia estos valores.

La visión de El Escorial es un llamado con raíces bíblicas, a ser una comunidad eucarística del compartir, a forjar relaciones justas basadas en el compañerismo, el poder compartido, la participación, el empoderamiento y la rendición de cuentas. La visión teológica de El Escorial sigue siendo una rica fuente de inspiración para nuestro entendimiento de la diaconía ecuménica. El compartir en solidaridad requiere la construcción de relaciones justas y el enfrentar las desigualdades de poder y de acceso a los recursos materiales, ¡de manera que la vida pueda ser verdaderamente compartida!

Diálogo con el grupo